

Á ESPAÑA.

Madre España, tu temido
Poder humano no aterra;
Sólo ante Dios, no por miedo,
Pones tu rodilla en tierra.

Que eres grande y eres fuerte
Lo dice tu vieja historia;
Nunca pensaste en la muerte
Al correr tras la victoria.

Ayer, en tranquilo hogar,
Se oyó al abuelo decir:
«Hijos, debeis recordar
Que en este mismo solar
Tocó á mi padre morir
Por la patria y el hogar;

Que es necesario tener,
Con su ejemplo salvador
Que dió á la patria poder,
Su escudo, para el deber;
Su espada, para el honor,
Y su fe para vencer.»

Mas allí, do la bravura
Cosechó prestigio tanto,
Hoy siembra la desventura
Duelo, miserias y llanto.

Que la España vencedora,
La España noble y valiente,
Por leyes que el hombre ignora
Está vencida y doliente.

Sobre escombros del hogar
Se oye al abuelo decir:
«Hijos, debeis recordar
Que en este triste lugar
A mi hijo tocó morir
Por vosotros y mi hogar.

Que es necesario tener,
Con su ejemplo bienhechor
Que nos supo defender,
Sus brazos, para el deber;
Su pecho, para el amor,
Y su Dios para creer.»

México, Abril de 1885.

FRANCISCO A. LERDO.

ESPAÑA Y MÉXICO

(Con motivo de las desgracias en Andalucía.)

Dogmas, costumbres, lengua nos dió España,
Y su noble simiente de hidalguía
No ha sido estéril en la patria mía;
Que á la madre jamás es la hija extraña.

Hoy que con luto y lágrimas empaña
Su veste la preciosa Andalucía,
El azote al sufrir de suerte impía,
México en su quebranto la acompaña.

En aquellos tristes hogares
Hundidos y desiertos, tiene fija
Su mirada doliente el mexicano;

Y á través de los montes y los mares,
Con sentimientos de dolor, la hija
Tiende á la madre cariñosa mano.

México, Abril de 1885.

LUIS G. RUBÍN.

Á ESPAÑA.

(En la catástrofe de Andalucía.)

Para ciertos dolores en el mundo
El humano consuelo es impotente:
Cuando el viento del mal sopla iracundo,
Sólo podemos inclinar la frente.
España, tu dolor es tan profundo,
Es tu pena tan grande y tan reciente,
Que sólo puedes esperar del cielo
El alivio, la calma y el consuelo.

México, Abril de 1885.

ANTONIO DE P. MORENO.

EL TORRENTE.

I
Rompiendo densa neblina
Que cierra el ancho horizonte,
Sobre la cumbre de un monte
Un relámpago fulgura;
No más un instante dura,
Y por el polo contrario
Formando contraste vario,
Entre densos nubarrones
Que vuelan hechos girones;
Pende como un incensario.

II
Es la resplendente luna
Que hácia el ocaso camina,
Y levemente ilumina
El cristal de la laguna.
Del pájaro leve cuna
Suspendida en la arboleda
Y la tortuosa vereda,
Aun mojada y relumbrante,
Que conduce al caminante
Por la empapada alameda.

III
Entre las hojas caajadas
De mil gotas transparentes,
Se miran fosforescentes
Las luciérnagas aladas,
Que al ver caer en cascadas
La lluvia, tienden el vuelo
Rozando al volar del suelo
La fresca y menuda yerba,
Que en su espesura conserva
Como un resplandor del cielo.

IV
La tierra exhala vapores
Saturados con aromas,
Y despiertan las palomas,
Y se sacuden las flores;
Y se escuchan los rumores
De la selva y los torrentes,
Que bajan por las pendientes
De los montes y las peñas,
Pareciendo entre las breñas
Como un reguero de fuentes.

V
Al pié del monte y no lejos
De selva espesa y sombría,
Donde el agua en charcos gúta
Como si fueran espejos,
Bodeado de árboles viejos
Ocúltase un caserío,
Que baña el angosto río
En verano y en invierno,
Y con su frescor eterno
Calma el ardor del estío.

VI
En la densa oscuridad
Se distingue una cabaña,
Que deja entre caña y caña
Escapar su claridad;
Y en aquella soledad
Lanza ténues resplandores,
Que de sombríos colores
Túne los árboles secos.
Las hojas, los troncos huecos
Y las esmaltadas flores.

VII
Del mal apagado hogar
La leña chiפורrotea,
Calienta la estancia, humea
Y casi llega á alumbrar
El lecho en que reposar
Se ven dos niños dormidos,
Estrechamente cogidos
Con los cariñosos lazos
De sus blanquíssimos brazos
Entre la manta escondidos.

VIII
Al lado dulce y risueña
Una mujer se divisa,
En sus labios la sonrisa
Del que con el cielo sueña;
Su blanca mano se empuña
En jugar con el cabello
Del niño inocente y bello,
Que apoyado en su garganta
Sobre su seno amamanta
Tan blanco como su cuello.

XI
En un rincón acostado
Sobre de la estera dura,
Ajeno á toda amargura
Duerme el padre sin cuidado,
Porque trazó ya su arado
El hondo surco en la tierra,
Y nada á su afán aterra
Con la cosecha que ofraee
La espiga donde se mece
Cuanta ilusión su alma encierra.

X
No espera la lluvia en vano,
Que la lluvia fertiliza
Y pródiga fecundiza
Con el calor del verano,
Cuanta simiente la mano
Del labrador abandona,
Y más tarde se corona
Del grano de la abundancia,
Que á su exquisita fragancia
Fe y esperanza eslabona.